

EFEMÉRIDES DESTACADA

EL LEGADO DE FRIDA KAHLO

Frida Kahlo, símbolo viviente de resiliencia y auto transformación.

“Pies. ¡Para que los quiero, si tengo alas para volar?”

Esta icónica mujer, de nombre Magdalena Frida Carmen Kahlo y Calderón, nace en Coyoacán, Ciudad de México, el 6 de julio de 1907, y fallece tempranamente, el 13 de julio de 1954.

Aunque no perteneció a la Orden Masónica ni existen registros que la vinculen a ella, su vida es un gran testimonio de los principios que la Masonería considera esenciales para el perfeccionamiento del ser humano: la búsqueda de la verdad interior, la fortaleza frente a la adversidad, el dolor transformado en conciencia, la autenticidad y la construcción del propio templo interior.

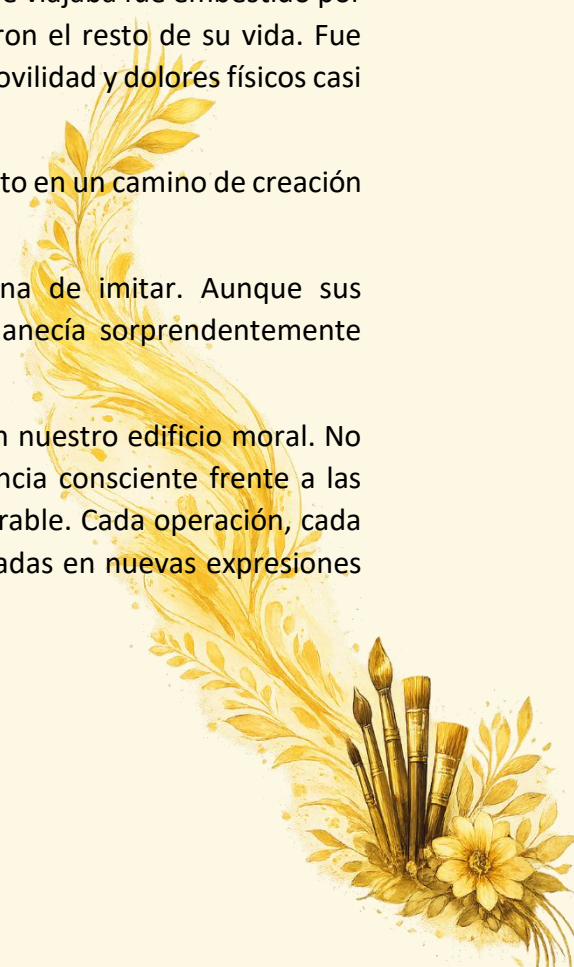
La verdadera obra no consiste únicamente en transformar el mundo exterior, sino en labrar la piedra bruta que cada uno lleva dentro. Ello implica conocerse profundamente, enfrentar las propias sombras, convertir las heridas en aprendizaje y mantener la fidelidad a la propia conciencia. Bajo esa mirada, la vida de Frida Kahlo adquiere un significado que trasciende la historia del arte.

A los seis años padeció poliomielitis, enfermedad que dejó secuelas permanentes en una de sus piernas. A los dieciocho años, el autobús en el que viajaba fue embestido por un tranvía, sufriendo múltiples fracturas y lesiones marcaron el resto de su vida. Fue sometida a decenas de operaciones, largos períodos de inmovilidad y dolores físicos casi constantes.

Sin embargo, ella no se rindió. Decidió convertir el sufrimiento en un camino de creación y auto transformación.

La fortaleza con la que enfrentó la adversidad, es digna de imitar. Aunque sus limitaciones físicas parecían quebrarla, su voluntad permanecía sorprendentemente firme.

La fortaleza es una de las virtudes cardinales que sostienen nuestro edificio moral. No se trata de dureza ni de insensibilidad, sino de perseverancia consciente frente a las pruebas. Frida encarnó esa perseverancia de manera admirable. Cada operación, cada limitación física y cada pérdida personal fueron transformadas en nuevas expresiones de creatividad.





Durante su convalecencia comenzó a pintar utilizando un caballete adaptado a su cama y un espejo colocado sobre el dosel. Así inició una obra autobiográfica que no buscaba idealizar la realidad, sino mostrarla con total honestidad. Decía “Pinto autorretratos porque soy la persona que mejor conozco”. Las masonas sabemos que el primer trabajo es conocer nuestro propio interior, conocernos a nosotras mismas.

Sus pinturas no ocultan la enfermedad, el dolor, la pérdida o la fragilidad. Las exhiben con crudeza. En una sociedad acostumbrada a esconder el sufrimiento detrás de máscaras, ella eligió la verdad antes que la apariencia.

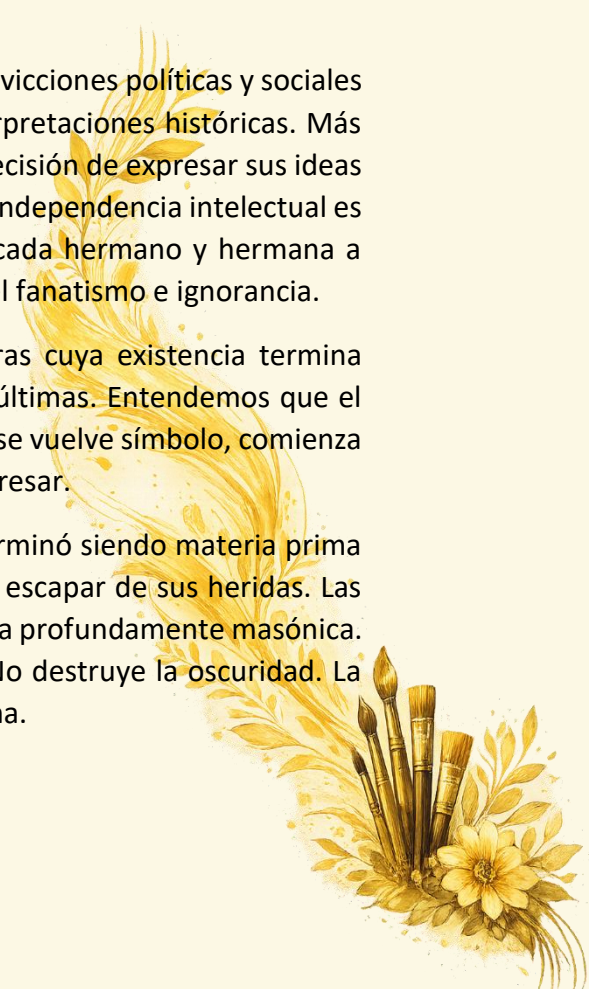
Reivindicó con orgullo las raíces culturales mexicanas. Su vestimenta tradicional, la incorporación de símbolos indígenas, la flora, la fauna y las creencias populares fueron elementos constantes de su obra. Esta actitud, desde lo masónico puede interpretarse como el reconocimiento de que la universalidad no exige renunciar a las propias raíces, ya que nuestra Orden, reúne personas de diversas culturas precisamente porque comprende que la verdadera fraternidad se construye respetando las diferencias y descubriendo aquello que nos une a todos. Consenso en el disenso.

Sin encarnar el prototipo de mujer perfecta, demostró que el ser humano tiene múltiples defectos. La Masonería no exige perfección; propone un camino de perfeccionamiento. Reconoce que toda existencia presenta contradicciones, errores y aprendizajes. Lo importante no es negar las propias imperfecciones, sino asumirlas con humildad y trabajar constantemente sobre ellas, para lograr el desbaste de la piedra bruta, y la auto transformación.

La libertad de pensamiento caracterizó su vida. Sostuvo convicciones políticas y sociales intensas, compartidas o discutidas según las distintas interpretaciones históricas. Más allá de sus opiniones, acertadas o no, lo admirable fue su decisión de expresar sus ideas sin someterse a las expectativas sociales de su tiempo. Esa independencia intelectual es uno de los pilares de la tradición masónica, que invita a cada hermano y hermana a pensar por sí mismo, evitando tanto el dogmatismo como el fanatismo e ignorancia.

Hay mujeres cuya vida pertenece a la historia. Y hay otras cuya existencia termina convirtiéndose en símbolo. Frida Kahlo pertenece a estas últimas. Entendemos que el símbolo siempre trasciende al individuo. Y cuando una vida se vuelve símbolo, comienza a enseñarnos aquello que las palabras ya no alcanzan a expresar.

Todo aquello que hubiera podido convertirla en víctima terminó siendo materia prima para una conciencia extraordinariamente lúcida. No buscó escapar de sus heridas. Las convirtió en lenguaje. Y esa decisión contiene una enseñanza profundamente masónica. Porque el iniciado no elimina la piedra bruta. La trabaja. No destruye la oscuridad. La ilumina. No combate el caos con violencia. Le imprime forma.





En este sentido, su obra nos recuerda que la Belleza —una de las columnas simbólicas del Templo— no consiste en la ausencia de grietas. La Belleza aparece cuando la luz atraviesa esas grietas y las convierte en expresión de sentido. Quizá por eso sus autorretratos siguen interpelándonos. No idealizan la condición humana: la muestran tal como es, frágil y, al mismo tiempo, capaz de una enorme grandeza.

Como mujeres masonas, su vida y lo que de ella se desprende adquiere un matiz particular.

Durante siglos, la historia de las mujeres fue narrada por otros. Se les asignaron papeles, silencios y límites. Frida rompió con muchas de esas expectativas. No buscó encajar en un molde; buscó ser fiel a su propia voz.

La Masonería femenina comparte, desde otra perspectiva, ese gesto de libertad. No pretende construir una identidad enfrentada a la masculina, sino desarrollar plenamente las posibilidades del ser humano desde la experiencia de la mujer. En ese camino, la autenticidad deja de ser un lujo para convertirse en una disciplina interior.

Frida nos recuerda que la libertad comienza cuando dejamos de vivir según la mirada ajena y aceptamos el compromiso de responder ante nuestra propia conciencia.



Con ello quería transmitir que el cuerpo puede ser limitado, pero el espíritu no. Así la Masonería enseña que la verdadera libertad nace de la conciencia. Las alas simbolizan la elevación del alma por encima de las circunstancias materiales que nos encadenan. Expresa, en

síntesis, la supremacía del espíritu sobre la materia.

Frida Kahlo no construyó catedrales de piedra ni levantó columnas visibles. Sin embargo, nos dejó el testimonio de una obra mucho más difícil: la edificación de un templo en el interior de un alma herida. Quizá por eso, su legado continúa vivo.

Porque toda mujer que transforma el dolor en sabiduría, la fragilidad en fortaleza y la verdad en belleza, continúa levantando, piedra a piedra, el Templo de la Humanidad.

